

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

15 CENTIMOS NUMERO SUELTO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

NÚMERO ATRASADO, 30 CENTIMOS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN		FUNDADOR	PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EN MADRID....	Un mes.....	EDUARDO SOJO	Un trimestre.....
	» trimestre.....		» semestre.....
	» año.....		» año.....
	1 pesetas.		3 pesetas.
	2,50 »		6 »
	10 »		12 »

¡SILENCIO!

El gobierno, en su «alta sabiduría» ha declarado ilegal el grito de:

—¡VIVA ESPAÑA!

Las cárceles están llenas de honrados ciudadanos acusados del delito de vitorear a la patria.

¡Silencio! Ya todo—[hasta las expansiones del amor!—son materia penable.

Ya no nos es permitido ni indignarnos ni entusiasmarlos.

No seremos, pues, nosotros los que cometamos la candidez de gritar:

—¡VIVA ESPAÑA!

La idea de patria, según los modernistas del gobierno, es una solemne majadería.

Y para demostrarnos la verdad de tal teoría, ahí están los esbirros de Aguilera, arma al brazo.

¡Silencio, pues! Pongamos mordaza a nuestras ideas y a nuestros sentimientos.

Que nadie sea osado a gritar:

—¡VIVA ESPAÑA!

MENSAJE DE DON SANCHO PANZA A CERDÓPOLIS

Diréisme, ¡oh cerdopolitanos! que yo tan sólo quiero romper ó que me rompan el alma, y por Dios os aseguro que eso de andar en guerra es afición que nunca tuvo el hijo de mi madre; sí, escudero sólo (como diría Pulido) de paz y por el amor que a mi amo tengo y siempre tuve; pero ahora siento que la sangre arde en mis venas y que el corazón se me quiere salir del pecho, y un fiero encono me impele a hacer con vosotros ó de vosotros terrible carnicería, provechosa guerra.

¡No hay español, por pacífico que sea y por mucho que guste del regalado sosiego y del apacible vivir, que no esté afilando el cuchillo para la matanza!

Claro que esto no es cristiano, pero tampoco lo es sufrir vuestras cobardes hipocresías y vuestros insultos.

Venid aquí, choriceros, mondongueros inaguantables, ¿sois vosotros los que desean la paz metiéndose en lo que no os importa y armándoos hasta los colmillos?

¿En nombre de la humanidad, vosotros los que habéis hecho a los indios la más horrible de las guerras?

¿En nombre del cristianismo vosotros implacables perseguidores de los católicos, que si hoy se hacen respetar entre vosotros lo deben a la medrana que Europa os inspira?

¿En nombre del sosiego y de la prosperidad de Cuba vosotros que habéis mantenido en ella durante tantos años la propagandá del separatismo, y que en la guerra anterior, y mucho más en ésta, habéis dado amparo a los ñáñigos hojalateros, y armas a los insurrectos, y además habéis formado con bandidos, que ahí en vuestras tierras sobran a millones, partidas filibusteras?

Dejáos de beaterías protestantes y humanitarismos de logias ridículas, y mostráos enemigos francos.

¿Guerra? pues guerra. ¿Paz? mucho tendremos que

olvidar, pero por la paz estamos dispuestos a hacer algún sacrificio. Paz.

Ahora entremos en materia y hagamos las cuentas claras, no hay que andar perdiendo el tiempo en miserables fingimientos. Aunque el gobierno de España sea sagastino, aunque tengamos tal vez que acusarle de endeble y de excesivamente cándido, no os figuréis que en esta tierra hay traidores; no, no los hay; todos, blancos y rojos, negros y azules, todos amamos la patria y estimamos más la honra que la vida; de modo que no perdáis el tiempo fiados en que habéis engañado a D. Práxedes, el engaño durará poco.

Si queréis paz, mandad a vuestros bandoleros asalariados que abandonen la Isla, retirad los calderos esos que habéis sacado para hacer el coco en el mar, y por fin reconoced que España tiene indiscutible derecho a mantener su majestuosa soberanía en la Isla de Cuba!

¡Imbéciles! Vosotros, expulsados de Inglaterra, que perdisteis vuestra madre patria y tuvisteis que robar a los indios el suelo que os sustenta, ¿cómo podréis comprender a un pueblo que no sólo no perdió su patria, sino que para ella supo conquistar, para su gloria y para la civilización cristiana, un nuevo mundo? España no lucha por interés, ¡cernicalos! No. España, bien lo sabéis, combate por conservar el último testimonio de su grandiosa obra. El mundo todo, menos vosotros, graciosos tocineros, tiene respeto a esta sagrada tradición.

Si estáis decididos a emprender la guerra (cosa que yo puedo que sea de los pocos españoles que lo duden), quitáos la careta de kuakero hipócrita y ¡ja, linternazo y tente tieso! Empiece la gresca, y vosotros raspad vuestros colmillos, en tanto que nosotros preparamos las máquinas de embutidos y (como tal vez estaréis podridos de trichinosis) haremos de vosotros morcillas para los perros rabiosos.

Un soberbio diploma de tonto hay que dar al que se fie de vosotros; al que haya olvidado vuestra perversa conducta, cuando con la capa de filántropos redentores de esclavos haciais con vuestros compadres los *inglis*, la más artera guerra a España, pues lo que deseabais era matar la pujante prosperidad de Cuba para que prosperasen vuestras tierras, y los negros que caían en vuestras garras perdían el nombre de esclavos para serlo ó de vuestra horrible explotación ó de la miseria y de los más repugnantes vicios. Leed a D. Ramón La Sagra, sabio escritor español, que os conocía y al que no supisteis contestar. ¿Sois un pueblo de santos, no es eso? ¿Vuestro Makin-Lila es un pontífice de casacón sin botones?

Digase que así como Jhon Bull narcotiza a sus colonos con el opio, vosotros, mercaderes misérrimos, sois los propagadores más malignos del alcoholismo. Os presentáis con la Biblia en una mano y con la botella de *Gin* en la otra.

Vivos están los *Guaranis* y los *Charruais* y todos los indios que en América testifican que España, al fin y al cabo, sin tantos alardes de nación paternal y civilizadora y beata (porque vosotros sois muchísimo más hipócritas que el más hipócrita de nuestros sacristanes), ha dejado tras su dominación militar y gloriosa, pueblos que la miran como a la madre que les dió la vida de la cultura moderna y la luz del cristianismo,

No creáis que os va a ir tan bien en la guerra (por más que ya sé yo que no las tenéis muy seguras); no os ha de ir bien; vosotros tenéis leyes é instituciones propias para vivir apaciblemente cebándoos y ahora os metéis a pueblo guerrero y casi conquistador, y es oficio que no podéis aprender en un día. Pensar que con los bandidos que reclutaréis en Chicago y en Baltimore y entre la pilletería de ladrones y asesinos escapados de todos los países de la tierra, vais a contrarrestar el empuje de soldados que dan su vida por el honor de su patria, es una loca y disparatada pretensión.

Pensar que esos peroles que habéis lanzado al agua y que van tripulados por gente asalariada y mandados por oficiales que saben contemplar cómodamente, desde lugar seguro, los trabajos que por salvar a la marinería de los dichos peroles, hacen los marineros de España; pensar, repito, que con los tales calderos vais a derrotar a los barcos de nuestra patria, es pensar un desatino morrocotudo. Así, pues, cerdopolitanos, vengan los valientes ó punto en boca y basta de bravatas, y sobre todo, de falsedades y tapujos; que eso de revelar tan a las claras el miedo, produce asco y es abusar de la licencia que Dios dió a los de la vista baja, para que se pudieran enlodar y encenagar a su antojo; por lo menos aquí no acertamos a comprender tanta porquería, porque los animalitos que acá son de la especie cerduna, aunque no yankesa, son bestias más bravas y más parecidas al fiero javalí que al cebón yorkino, chicagués, y en fin, norteamericano.

—Has acabado tu Mensaje, Sancho.

—Ya le acabé, mi amo. Mande vuesa merced, si algo tiene que decirme y quiere que añada algunas palabritas más de esos estilos adornados y muy pomposos que usted usa y que el gran Cervantes hizo inimitables, y por los cuales, aun en medio del extravío de la locura, vuesa merced revela el generoso aliento del pueblo español.

—No, Sancho, nada quiero añadir a lo que tú hayas dicho; sólo quiero decir a Sagasta y a su gente que tenga presente que por tanto nadie ha ido a la cárcel, pero sí a la mier...

—Da lo mismo.

—No, Sancho, es peor, mucho peor.

CANTARES

Quieren que se represente
la Pasión de Cristo en Cuba,
haciendo España de Cristo
y el yankee el papel de Judas.

Han dicho que irán los yankees
a Canarias con sus barcos;
pero al ver nuestra marina
dirán los yankees:—¡Canariol!

Tienen los yankees orgullo
y también tienen millones,
mas no tienen... ¡una cosa
que tienen los españoles!

Si en Cuba socorre el yankee
a los que incendian y roban,
es para cargarse luego
con el robo y la limosna.



—¡Servidor es también potencia de primera clase!
LAS MANIFESTACIONES



—¿Me concedes lo que te pido?
—¡Sí, y un jamón!



—¡Si ya lo decia yo!...



¡Viva España!



—Yo como siempre, haciendo el oso.



Goliat y David.



Barba Azul tiene un cañón. ¡pon!

Los yankees en el Senado
hacen alarde de fuerza,
y esa fuerza, hablando en plata,
es... lo que dijo Pucheta.

VICENTE RUBIO.

POR NUESTRO BIEN

Me parece que conviene que perdamos Cuba, Puerto Rico y Filipinas, que los yankees nos zurren, que hagamos bancarrota, que venga D. Carlos, que acabe de faltar el pan que tanto escasea y aun acaso, acaso que la peste bubónica desembarque en la península. No me atreveré a jurar que convengan todas estas cosas, pero me lo parece.

¿Que cómo han de convenir nunca semejantes calamidades? Verás, Teótimo. Una mano de azotes, la amputación de un miembro, veinte años de presidio, no parecen ser en tesis general cosas útiles. Pregunta, sin embargo, a la mamá que da los golpes, al cirujano que corta la pierna, al juez que impone el castigo, por qué hacen lo que hacen y te contestarán que es en servicio del azotado, del amputado y del castigado. Pues de la propia suerte bien pudiera convenirnos a los españoles recibir un pie de paliza, perder lo que tenemos, no cobrar, no comer, morirnos de la peste y hasta tener a D. Carlos por señor.

Si la arrogante y jactanciosa pretensión de que el hombre sea un ser racional mereciera crédito, rara vez habría necesidad de acudir a tales extremos. Coges el chico, le educas, le adoctrinas, se hace buen muchacho, ¿para qué le has de azotar? Tomas al adulto, le predicas, le exhortas, le moralizas, se vuelve hombre de bien, ¿para qué le has de encarcelar? Te encargas del enfermo, le cuidas, le atiendes, sana, ¿qué precisión tienes de cortarle nada? Pero cuando el chico se empuja en su mala crianza y el adulto persiste en su perversión y el enfermo se niega a tomar la medicina, palmetas, cadena y bisturí pueden hacerse inevitables.

Durante años y años, por a más b, por activa, por pasiva, y por circunloquio, se le vino diciendo y probando al pueblo español que el régimen restaurado le había de conducir forzosamente a la catástrofe. No hizo caso. Surgió lo de Cuba. Murieron los hombres como insectos; se fueron millones como agua. Casi cien mil de los primeros, casi dos mil de los segundos, viene costándonos la broma. ¿Has visto tú que este pueblo se de por enterado? ¿Le has visto hacer siquiera ademán de poner remedio?

Hay más, como suelen decir los argumentantes lafosos. A no ser en todas partes, más que menos, esto de la soberanía nacional, una gran camama, es claro que jamás se podría emprender una guerra exterior sin que antes fuese consultada la voluntad del país en forma de plebiscito. Eso de que el poder ejecutivo no pueda lícitamente ordenar por sí la construcción de una carretera y pueda disponer a su antojo de la vida y el patrimonio de todos, comprometiéndolos en una lucha internacional, es ciertamente gran dislate. Pues por raro caso, España, amenazada de una formidable conflagración de este género, se halla en disposición de expresar su voluntad casi en forma plebiscitaria. Esto han podido y debido ser las actuales elecciones. ¿Has visto tú que nadie lo haya tenido en cuenta? ¿Se le ha ocurrido al Gobierno declinar así en el país su tremenda responsabilidad? ¿Ha influido algo la consideración de la guerra o la paz en el encasillado? ¿Ha modificado ella en algo la influencia caciquil? ¿Han prometido algo sobre el particular los candidatos o los electores? ¿Han preguntado algo sobre el asunto los electores o los candidatos? ¿Diríase, al contemplar el espectáculo de estas elecciones, que la patria se hallaba en uno de los momentos más solemnes y difíciles de cuantos recuerda su historia?

Cien mil hombres perdidos, dos mil millones disipados no han bastado para aleccionarnos. Hay que perder más hombres y disipar más millones. Es inevitable. Si una azotaina no corrige al muchacho discolo es uso administrarle otra mayor. Al que, saliendo de presidio, comete nueva fechoría se le vuelve a meter en presidio con agravación de pena. Cuando, hecha la amputación, la gangrena aparece, se corta por más arriba. Esto hacen los hombres; la Naturaleza y su hija la historia suelen ser más duras. El país imperialista que no escarmienta en 1815 sucumbe en 1870. La nación colonial que nada aprende en la pérdida del continente americano se desangra luego en balde por conservar a Cuba. La realidad es una ruda institutriz. Antes nos cansaremos de disparatar que ella se canse de azotarnos.

Acase tú sostengas, dulce Teótimo, que todos los desastres que sobre nosotros plazca derramar a la providencia, lejos de servir a nuestra enmienda, contribuirán más y más a aferrarnos en nuestros eternos extravíos. No diré que no. Hay espíritus de tal suerte

conformados que en ellos es lo normal tomar el rábano por las hojas. De que el espíritu patrio no sea uno de esos espíritus, no estoy muy cierto. Me tiene muy escamado, valga el trivialismo, lo que ahora mismo está pasando. Reaccionan los pueblos ante los excesos de la revolución, pero el que un país, sin revolución previa ni excesos revolucionarios, en el mismo punto y hora en que sufre los efectos dolorísimos de la reacción, se entregue por todo remedio a una reacción mucho mayor, es un síntoma grave de insania colectiva que haría a los españoles merecedores del ingreso en un manicomio a haberlo bastante capaz. Mas en fin, si ello fuere así, pronto acabaríamos de perder nuestra existencia nacional. Y a mi juicio vale infinitamente más morir que no vivir como vivimos.

Por eso entiendo que nos conviene mucho, pero mucho perder Cuba, Puerto Rico y Filipinas, recibir una paliza de los yankees, hacer bancarrota, no comer pan y proclamar a D. Carlos. ¿Quién sabe? Puede que entonces nos enteremos.

ALFREDO CALDERÓN.

SONETO

—¡Un mundo! Dices bien: no es sueño vano:
He visto la verdad, clara y desnuda,
Todas mis joyas venderé en tu ayuda
Y te daré mi apoyo soberano.
Ese mundo magnífico y lejano,
Allá en la inmensidad terrible y muda
Te está esperando a ti. Si alguien lo duda
Deja que le desmienta el océano.
Pregúntale, Colón; y pues Dios mismo,
Como ciencia te dió, valor te presta,
Rompe del mar el pérfido mutismo
Y dí a Europa después lo que contesta.»
Se interrogó al abismo, y el abismo
Dio todo un continente por respuesta.

GONZALO DE CASTRO.

ANÉCDOTAS POLITICAS

(Arregladas libremente)

Pidal en el confesonario:
—¿Sabe usted los misterios de la Sagrada Pasión y Muerte?
D. Alejandro titubeando:
—No, señor; es la primera noticia que tengo...
—Hombre, una cosa que sabe todo el mundo!
El jefe de los mestizos incomodado:
—¡Pues vaya unos misterios!

En un colegio de párvulos:
—Vamos a ver, hijo mío, ¿qué animal es el que nos proporciona el jamón?
El niño reflexionando:
—Pues... el yankee.

Un guasón le pregunta a Martín Esteban—el de las mil pesetas patrióticas:
—¿Qué profesión es la de usted?
—Propietario.
—Reciba usted mi enhorabuena. Es el menos tonto de los oficios... y el oficio de los tontos.

Correa, estudiante:
—¿Cuántas guerras sostuvo España en el siglo XV?
—Seis.
—¿Quiere usted enumerármelas?
—Una, dos, tres, cuatro, cinco y seis.

LANZADAS

Con el rubor natural notificamos a ustedes que el gobierno ha concedido un armisticio a los rebeldes.
¿Que si durará mucho tiempo?
¡Vayan ustedes a saber!
Unos dicen que veinte días.
Otros que treinta.
Otros que sesenta.
¡Pero ya verán ustedes como llegamos al ciento!

En el carro de la carne
ha pasado por aquí.
¡Llevaba el paraguas fuera,
por eso le conocí!

Título de un artículo de *El Globo*: «La Voz del Gobierno».
Sí, ya estamos en el secreto.
Voz de tiple.

El presidente de los Estados Unidos nos amenaza en su último Mensaje con que el ejército norteamericano invada la Gran Antilla.
¡Sí, hombre, sí!
¡Vayan ustedes a la Gran... etc.!

Un dilema:
«Porque lo que ya no se oculta ni a los espíritus más optimistas, es que para nosotros no quedan otras soluciones que uno de los extremos del siguiente dilema: O cerrar nuestra historia en el Nuevo Mundo con una fuga vergonzosa ante la punta de la bota de los

políticos de Washington, o remitir a las armas la decisión del litigio».

D. Segis, comentando:

—Pues vuélvase usted, D. Práxedes, y esperemos en esa actitud los acontecimientos.

Del emperador de Austria a León XIII:

«Con ayuda de todas las potencias me atrevo a esperar que Su Santidad contribuirá a poner en salvaguardia los intereses de la humanidad y de la paz».

Sí, nosotros lo esperamos también.

¡Pero por si acaso aconsejamos al gobierno que mande la escuadra a aguas de Cuba!

El exdiputado silvelista D. Julio Seguí—¿pero quién es ese hombre?—nos hace saber por medio del *Heraldo* que él no ha sido apresado a consecuencia de las últimas manifestaciones.

¡Sí, ya lo decíamos nosotros!...

No hay silvelista que vaya a la cárcel por gritar ¡viva España!

Deposiciones de Mac-Kinley en el Mensaje:

«Ha llegado el momento de que las Cámaras obren».

Los representantes a una:

—¡Pues a obrar!

El cónsul Lee sigue *jingoneándonos*.

¡Paciencia!

Ya le llegará su hora.

Porque no hay que olvidar que a cada Lee le llega su San Martín.

De *El Globo*, órgano del Sr. Moret, porque aunque parezca mentira el Sr. Moret tiene también su órgano:

«Y cosa notable: el primer día en que se ofrece un hecho digno de protesta (el día que se presentó el Mensaje), que hubiera podido servir de fundamento a manifestaciones de resentimiento nacional, transcurren las horas en medio de la tranquilidad más absoluta».

¿Se enteró el Sr. Aguilera?

¡La prensa oficiosa se extraña de que no se realicen nuevas manifestaciones... ilegales!

Libros:

De rompe y rasga.—Poesías *chulescas*, del maestro—con perdón de Sánchez Pérez—López Silva, editadas por la *Colección Diamante*, de Barcelona.

Valen muchas pesetas, y sin embargo se venden a dos reales en todas las librerías.

TÁCTICA AFRICANA

I

¿Qué negocio estaba haciendo con los salvajes de Congo la factoría belga que cambiaba toneletes encarnados de percalina por polvos de oro y colmillos de elefante! Para colmo de ventura, sólo habían tropezado los comerciantes en su viaje y desde su instalación, con negros bonachones, jamás con antropófagos, ni con esos bandidos árabes cazadores de esclavos que recorren el África alabando al Profeta y robando viajeros. Los toneletes mermaban que era un gusto, porque se habían puesto en moda entre la crema de los bosques africanos; cuando una mañana, el jefe de la factoría recibió al despertar este disgusto que le dió uno de sus dependientes:

—Estamos sitiados por una tribu negra.
—¿No serán parroquianos que vengan a comprar?
—No lo creo.
—¿Qué traje llevan?
—Los mejor vestidos gastan una pluma de avestruz en la cabaza.

—Que venga el intérprete: hoy concluimos de despachar la pacotilla.

—Es inútil: el intérprete no entiende su dialecto; pero todos hemos comprendido por sus amenazas con las picas y las flechas, y por sus gestos, que tienen la intención de degollarnos.

—Ved, ahora, si tengo razón en apresurar la venida del convoy de provisiones; sólo tenemos víveres para seis o siete días. Atrancad bien las puertas: todo el mundo a media ración y malditos sean los toneletes encarnados.

II

La tribu salvaje se desperezaba entre los cañaverales, a los sonidos formidables de un cuerno; y los guerreros afilaban cuchillos de piedra y blandían sus lanzas; las mujeres machacaban el arroz para hacer el almuerzo a sus maridos y los jefes se reunían alrededor del cacique, cuando un negro vigía, descolgándose por un tronco, anunció la llegada de dos carros con víveres para los cristianos sitiados.

—Escondese al instante y que entren las provisiones en la plaza—dijo el cacique gravemente.

Un murmullo irrespetuoso demostró el desagrado de los guerreros, pero sólo el cuñado del cacique se atrevió a protestar de aquella orden.

—¡Cómo!—exclamó—cuando los tenemos encerrados y el hambre los ha de obligar a entregarse, ¿permites que entren víveres?

—Tomaremos la factoría por asalto.

—Y no es más segura la victoria si los debilitamos?

—Cuñado, eres un imbécil. Los cristianos rinden por hambre al enemigo que quieren destruir o aprisionar. Pero los que nos comemos al vencido debemos engordarle. ¡Que entren las provisiones en la plaza!

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18.